

Atraeré a todos hacia mí¹

1. La semana pasada escuchábamos el diálogo de Jesús con Nicodemo, un buen hombre, abierto a la verdad. Entre otras cosas, Jesús le decía: *tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna²*.

Jesús, dirigiéndose a Nicodemo, nos hacía ver el insondable amor del Padre eterno a los hombres. Un amor que le lleva a entregarnos lo más valioso que se puede imaginar: su *Hijo único*. Ahora, mucho más cerca en el tiempo del sacrificio de la Cruz, en el Evangelio de la misa, el Maestro nos dice que es inminente su glorificación que, como el grano de trigo sembrado en la tierra, morirá para dar mucho fruto, a la vez que nos invita a todos a morir a nosotros mismos para asegurarnos la vida eterna. El fragmento termina con una solemne proclamación: *Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí³*.

El evangelista nos aclara que el Señor dijo esto *indicando de qué manera habría de morir⁴*. Ser *levantado* era tanto como decir ser crucificado, ser alzado en lo alto de la Cruz para salvar a todos los hombres. Como explica el Papa Benedicto XVI⁵, muy oportunamente la liturgia de la Iglesia nos invita a meditar este texto, cuando estamos a pocos días de sumergirnos en la contemplación espiritual de la Pasión de Cristo en la próxima Semana Santa. Es como si se nos propusiera asomarnos a ese horno ardiente de infinito amor que es su corazón, intentando compartir sus sentimientos y deseos de entrega por la Humanidad entera. De manera que también nosotros, como *el grano de trigo*, sepamos entregarnos a los demás con generosidad.

2. Misteriosamente la Providencia dispuso que por esa singular vía, la de la Cruz, terminaran triunfando la Vida y el Amor. Quiso Dios que así se demostrara elocuentemente que el amor de nuestro Salvador era más fuerte que la misma muerte. Como bien lo dice la epístola a los Hebreos en la segunda lectura: *Cristo (...) aprendió a obedecer padeciendo y (...) se convirtió en la causa de la salvación eterna para todos los que lo obedecen⁶*.

Así, resulta lógica la propuesta de san Josemaría en la parte final de la última estación del Via Crucis: ***Hemos de hacer vida nuestra la vida y la muerte de Cristo. Morir por la mortificación y la penitencia, para que Cristo viva en nosotros por el Amor (...). Dar la vida por los demás. Solo así se vive la vida de Jesucristo y nos hacemos una misma cosa con Él⁷***.

¹ V domingo de Cuaresma, B.

² *Juan* 3, 16

³ Evangelio, *Juan* 12, 33.

⁴ *Ibid.*

⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía del 29-III-2009*.

⁶ Segunda lectura, *Hebreos* 5, 9.

⁷ SAN JOSEMARÍA, *Via Crucis*, XIV.

3. *Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí*⁸. En la primera parte de esta homilía, he intentado exponer cómo la tradición cristiana ha visto en estas palabras del Señor, un anticipo de lo que habría de ocurrir en la Cruz, la realización de su obra salvadora. Pero quisiera ahora, brevemente, añadir otra consideración. Un significativo evento en la vida de nuestro patrono, san Josemaría. Ocurrió el 7 de agosto de 1931, cuando aquel joven sacerdote daba los primeros pasos en la puesta en práctica de lo que el Señor le había hecho ver unos meses antes, el 2 de octubre de 1928 al fundar el Opus Dei. Venciendo una fuerte resistencia personal, años después escribía a sus hijos: ***Aquel día (...) celebrando la Misa (...) mientras alzaba la Hostia, hubo otra voz sin ruido de palabras. Una voz, como siempre, perfecta, clara: Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí. Y el concepto preciso: no es en el sentido en que lo dice la Escritura*** (lo que antes comentamos, sobre el anticipo del sacrificio de la Cruz); ***te lo digo en el sentido de que ustedes me pongan en lo alto de todas las actividades humanas; que, en todos los lugares del mundo, haya cristianos con una dedicación personal y libérrima, que sean otros Cristos***⁹.

En aquella ocasión (7-VIII-1931) anotó en sus Apuntes íntimos, entre otras cosas: ***Comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas***¹⁰.

Se trataba, espero estarme explicando, de una nueva luz fundacional, relacionada con lo que antes le había hecho ver el Señor el 2 de octubre de 1928, cuando comprendió que Dios le pedía recordar a todos que se puede encontrar la santidad en la vida ordinaria, en el trabajo de todos los días.

Con una energía excepcional, a lo largo de toda su vida, predicó incansablemente que ***a la gran mayoría*** (de los cristianos) ***los quiere*** (el Señor) ***en medio del mundo, en las ocupaciones terrenas*** (llevando a) ***Cristo a todos los ámbitos donde se desarrollan las tareas humanas: a la fábrica, al laboratorio, al trabajo de la tierra, al taller del artesano, a las calles de las grandes ciudades y a los senderos de montaña***¹¹.

Esa es la gran misión de los cristianos de nuestro tiempo y de todos los tiempos, hasta el fin del mundo. ***Iluminar con la fe y el amor de Cristo, todas las actividades humanas***. Realizándolas con tal amor y perfección que las personas que convivan con ellos se sientan suave y firmemente atraídas a la luz de Cristo.

Hoy, más que nunca, ante el gravísimo fenómeno de secularización que estamos viviendo, la Iglesia necesita santos. Hombres y mujeres comprometidos con el Evangelio y dispuestos a realizar con audacia una amplia tarea apostólica, que repita las gestas que antes hicieron los grandes discípulos de Cristo: Pedro y Pablo, Patricio y Agustín, Francisco de

⁸ Evangelio, Juan 12, 33.

⁹ SAN JOSEMARÍA, Carta 29-XII-1947/14-II-1966, n. 89, citado en A. VAZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei, I, ¡Señor que vea!*.

¹⁰ SAN JOSEMARÍA, *Apuntes*, nn. 217-218, citado en *ibid.*

¹¹ SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, n. 105.

Asís e Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús y Catalina de Siena, Josemaría Escrivá, Teresa de Calcuta y Juan Pablo II. Decía en una ocasión este gran Papa (Juan Pablo II): *Se necesitan heraldos del Evangelio expertos en humanidad, que conozcan a fondo el corazón del hombre de hoy, participen de sus gozos y esperanzas, de sus angustias y tristezas, y al mismo tiempo sean contemplativos, enamorados de Dios. Para esto se necesitan nuevos santos. Los grandes evangelizadores de (todos los tiempos) han sido los santos*¹².

Pensando en las próximas vacaciones y en tantas otras circunstancias de la vida ordinaria, quiera Dios que nosotros, con la ayuda de María Santísima Reina de los Apóstoles, nos ilusionemos en encender una suave luz donde nos encontremos. Sin miedo a incomodar un poco a los demás cuando, si fuera el caso, tengamos que manifestar nuestro desacuerdo con algo ajeno o contrario al Evangelio de Cristo. Amén.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 18 de marzo de 2018

¹² SAN JUAN PABLO II, *Discurso al Simposio de Obispos europeos*, 11-X-1985.